Revista Internacional de Sociología (RIS)
Vol.68, nº 1, Enero-Abril, 225-229, 2010
ISSN: 0034-9712
eISSN: 1988-429X

NOTA SOBRE FRANCISCO AYALA (1906-2009) *IN MEMORIAM*

Alberto J. Ribes Leiva

"No me parece dudoso que nuestro tiempo deba ser tenido por una época crítica (…) Hemos presenciado a partir de la primera guerra mundial el desmoronamiento sucesivo de los cuadros sociales y la consiguiente eliminación de esos puntos de apoyo firmes sobre los cuales cabe establecer previsiones y planear la propia existencia, hasta llegar al hundimiento actual de las paredes maestras de la sociedad" .

Francisco Ayala

"El poder ejercido por el hombre sobre su prójimo es siempre una usurpación"
Francisco Ayala

"Entiendo que detrás del problema de la nueva organización del mundo se esconde la necesidad de una renovación moral del hombre" .

Francisco Ayala

No hay duda de que Francisco Ayala es uno de los grandes clásicos de la sociología española e hispanoamericana. A pesar de que la convergencia de diferentes circunstancias – tales como su importancia como escritor de ficciones, el desinterés crónico de la disciplina sociológica con respecto a sus clásicos, el exilio y la censura franquista, la lógica del campo sociológico español y las propias características de la obra ayaliana – pudieron contribuir en el pasado a ensombrecer temporalmente la magnitud de la obra sociológica y ensayística de Francisco Ayala, así como la relevancia sociológica de sus obras de ficción literaria, desde una perspectiva actual es evidente que estamos ante una obra mayor que merece un lugar de privilegio en la tradición sociológica hispánica. De hecho, tanto por el enfoque como por los temas que aborda, su obra conserva una vigencia fundamental de la que - dicho sea de paso- carecen trabajos y perspectivas mucho más recientes, por lo que sigue siendo una rica y valiosa fuente de inspiración para abordar lo social.

Ayala, discípulo de Adolfo G. Posada y de José Ortega y Gasset, de Hermann Heller y de cierta sociología germánica (Alfred y Max Weber, Simmel, Mannheim), es el gran exponente de lo que la sociología española clásica tuvo que ser en el exilio. Con varias generaciones de intelectuales trabajando al tiempo, la generación de jóvenes a la que pertenecía Ayala se formó en los años veinte y treinta del pasado siglo veinte en un país normalmente europeo que se había visto sometido a un fuerte proceso de modernización. Tras la inicial fascinación por la modernidad –capturada, por ejemplo, en la siguiente frase del relato de ficción "Hora muerta": "la ciudad, gran plataforma giratoria"–, las sombrías perspectivas de un siglo que se encaminaba a la conocida sucesión de catástrofes y horrores hizo de Ayala un pensador alerta, preocupado y escéptico con respecto al devenir de la modernidad. Su obra toda es una suma de diagnósticos del siglo XX y de la modernidad, como su vida fue la rica e intensa experiencia de los mismos. Modernidad y crisis se convierten, así, en el marco esencial de su pensamiento. Desde ahí piensa fundamentalmente Ayala, desde un enfoque sociológico construido a partir de las citadas influencias, desde sus experiencias en una República de Weimar en descomposición, desde su implicación en la joven y prometedora República española, desde su experiencia de un golpe de Estado y una guerra civil que acabarán desembocando en la larga noche del franquismo y en la liquidación de la modernidad y de la ilusión republicana, desde la consciencia de lo que significa el totalitarismo, desde los exilios sucesivos (Argentina, Brasil, Puerto Rico, Estados Unidos) de una biografía geográfica y académicamente nómada y la angustiada contemplación de la II Guerra Mundial, el Holocausto e Hiroshima, desde la contemplación de la sociedad global y de consumo que se abría paso con fuerza desde los años treinta del pasado siglo XX.

El siglo XX moldeado por la modernidad –cuyo origen descansa, a su modo de ver, en la suma y combinación del *ethos* protestante weberiano junto con la cínica razón de Estado–, acaba por hacer realidad la promesa de un mundo global y unificado. *Ethos* protestante, razón de Estado, capitalismo y tecnología permiten a Ayala entender que "la integración social, servida por el progreso técnico, ha adquirido proporciones tales que, en cuanto a extensión, están alcanzando su límite, al abrazar al género humano y a la totalidad del globo" . De este modo, según sabe captar Ayala:

> "Se está abriendo una nueva fase de la historia universal, que es la fase de un mundo unido (unido, a través de las relaciones técnicas), y es legítimo esperar que, a partir de la nueva situación, surjan asimismo nuevas actitudes culturales, un nuevo concepto de la vida, adecuado al dominio que el hombre ha adquirido sobre la naturaleza y sobre la sociedad" .

Así, las convulsiones del presente se explican porque se mantiene, junto a la unificación del mundo, una lógica cultural incapaz de permitir la convivencia, lo que resulta en el enfrentamiento inevitable de Estados-nación empujados a exterminarse . Ante esta situación, la solución y la esperanza parecen estar en la búsqueda de un nuevo sistema cultural que genere otras prácticas y que reemplace el vacío moral, o, mejor dicho, el

desierto de lo común que deja tras de sí la secularización del *ethos* protestante. Es la salida ético-cultural de Ayala, que parte de asumir la desestructuración social y la fragmentación propia de las sociedades de masas. Así que, a su juicio, "es necesario que la vida humana recupere su sabor y su sentido, y esto sólo puede esperarse de una honda revolución espiritual".

Porque en Ayala la etiqueta "sociedad de masas" se convierte en un diagnóstico de la fragmentación, y no tanto en un lamento o en una llamada general a la autoexigencia. De este modo la amoralidad propia de la sociedad de masas remite a la quiebra espiritual, a la desaparición de todas las ideas e ideologías comunes, es un profundo "vacío moral" y una "evacuación de la existencia humana por obra del progreso" . De lo que se trata, por tanto, es de la búsqueda de un nuevo marco moral integrador que permita la autonomía del individuo y garantice su libertad y que sea capaz de evitar la fragmentación y la desestructuración en lo micro, por un lado, mientras, al mismo tiempo y por otro lado, se posibilita la integración en lo macro en la forma de entidades supranacionales que nos ayuden a evitar los repetidos choques y enfrentamientos que tuvieron lugar en la primera mitad del siglo XX. Como escribe el autor:

> "El pensamiento que sirviera a la expansión europea y conquista técnica del planeta por la civilización occidental deberá dejar su puesto a otro pensamiento que sea capaz de promover un desarrollo en el sentido de la elevación espiritual dentro de un orbe cerrado"
>
> "El mundo, completado, homogeneizado y, por así decirlo, redondeado, clama por una organización que ya no puede ser organización de poder orientada hacia la expansión, como es la organización estatal (…) la crisis actual consiste en la alternativa entre organización integral del mundo o convulsiones aniquiladoras" .

Sin embargo, y a medida que avanza el siglo, Ayala observa la continuación de la desestructuración en lo micro-social mientras que a nivel macro continúa la tendencia hacia la unificación del mundo, cada vez, eso sí, mejor acompasada por la creación de organizaciones supranacionales que, no obstante, no acaban de resolver la tensión clave. La desorientación del individuo permanece vigente, dada la ausencia del tan reivindicado nuevo marco cultural, y las tensiones políticas también, así como lo hace el nacionalismo. Por todo ello, a mediados de los años ochenta del pasado siglo XX, seguíamos, a su juicio, al borde del abismo. Ante los cambios de la última década de dicho siglo, uno sorprende a Ayala celebrando la disolución de los metarrelatos modernos, dado que más vale que no haya proyectos ya que la experiencia indica que los diversos ensayos de planificación puestos en práctica han salido mal. Así que lo que queda entonces es, por un lado, un respiro para el individuo que quizá en este nuevo mundo desestructurado radicalmente no se vea sometido ni enfrentado al horror tal y como les sucedió a los miembros de su generación, y, por otro, la confianza en que la pura espontaneidad de los individuos permita salir de la crisis y posibilite sociedades más habitables que las del pasado reciente. Veamos las palabras de Ayala:

> "progresivos reajustes institucionales, y los correspondientes cambios de mentalidad, tendrán que producirse en respuesta a las situaciones agudas que acá o allá los vayan reclamando, pues en estas postrimerías de la Historia una planificación según las líneas programáticas de cualquier utopía parece, por fortuna, cosa excluida: falta para ello el pensamiento teórico que lo fundamentase y, sobre todo, faltaría un poder suficiente para intentar llevarla al terreno de los hechos. Y por grandes tropiezos que la pura espontaneidad social ocasione, nunca serán tan nocivos – y la experiencia de la historia universal lo acredita – como han sido siempre las buenas intenciones de quienes se proponen salvar por la fuerza al género humano" .

La obra sociológica de Ayala no se limita a su producción académica dentro de dicha disciplina sino que se completa y se prolonga en sus obras de ficción literaria. Desde ambos lugares, desde ambos tipos de textos, Ayala retrata al siglo XX, dibujando una sucesión de paisajes desolados. Así, la preocupación por la libertad y el análisis de la unificación del mundo presente desde sus primeros trabajos (*Libertad y liberalismo*, 1941 y 1963; *Razón del mundo*, 1944) orientan también sus trabajos más propiamente disciplinares (*Tratado de sociología*, 1947; *Introducción a las Ciencias Sociales*, 1952), incorporando su discurso, eso sí, a medida que avanzan las décadas una mayor atención a los procesos de desestructuración y de fragmentación (*Ensayos de sociología política*, 1952; *Tecnología y libertad*, 1959; "Postrimerías de la historia", 1990). En cuanto a la ficción, si sus obras vanguardistas retratan como pocas el deslumbramiento por la modernidad (*El boxeador y un ángel*, 1929; *Cazador en el Alba*, 1930), sus obras dedicadas al poder nos hablan de la inevitable usurpación que se esconde tras él y de su inevitabilidad (*Los usurpadores*, 1949; "El glorioso triunfo del príncipe Arjuna"), mientras que sus novelas posteriores exploran la desestructuración (*Muertes de perro*, 1958; *El fondo del vaso*, 1962; *El as de bastos*, 1963) y sus últimas obras las complejas vinculaciones entre biografía, ficción y realidad así como las notas esenciales de un mundo fragmentado (*El jardín de las delicias*, 1971). Y, como no podía ser de otra manera, Ayala teoriza también sobre las relaciones entre sociología y literatura, y sobre las relaciones entre su sociología y su literatura .

Ayala encarna el siglo XX, con su velocidad, sus ansiedades y sus convulsiones devastadoras, y lo piensa y analiza una y otra vez desde su empeño por salvaguardar la libertad de los individuos, frente al totalitarismo, la planeación –más o menos democrática–, la ausencia de valores comunes o la sociedad de consumo. Las tensiones nacionalismo/unificación del mundo, desestructuración moral/solución ético-cultural son dos de las principales claves de su obra. Sus aportaciones en ambos terrenos muestran a un intelectual sólido y atento, que es capaz de captar la realidad del siglo que pretende explicar y que le toca habitar. Sus sucesivas exploraciones de estas dos líneas fundamentales le sitúan entre los grandes clásicos de la sociología española e hispanoamericana de la pasada centuria.

Son, sin duda, las crisis de la modernidad lo que confiere un sentido unitario a todos los escritos de Ayala, lo que se esconde tras sus análisis concretos y sus relatos de

ficción. Es la propia sensación de habitar un mundo crítico lo que orienta, de hecho, a Ayala a su estudio, lo que le acerca a la disciplina sociológica, entendida como (con-) ciencia de la crisis:

> "Conciencia de la perspectiva histórica del ser humano, conocimiento de las concretas circunstancias de su vida y hasta, a partir de ellas, descubrimiento de la esencial estructura de la vida humana. Porque toda vida humana tiene carácter histórico, y la historia es, en esencia, crisis, cambio decisivo" .

Y es el esfuerzo por captar los contornos de tal crisis lo que motiva sus mejores páginas. Así, su obra, fundada en la literatura de la crisis del primer tercio del siglo XX y que enlaza naturalmente con los diagnósticos del último tercio – en el contexto de la radicalización de la crisis de la modernidad-, se nos aparece, en conjunto, como el empeño de enfrentar la diversas tensiones críticas que atraviesan dolorosamente sus décadas, a veces desde la ciencia de la crisis, en otras ocasiones desde la ficción literaria. Y lo que resulta, de todo esto, es un esfuerzo sincero y honesto de un intelectual que se enfrenta con su propio tiempo para entenderlo él mismo y ayudar a otros a entenderlo. Y, sin duda, lo logra. La lectura de sus obras nos ayuda a entender mejor la modernidad y sus crisis, el devenir del siglo XX, la globalización o unificación del mundo, la fragmentación y la desestructuración social. Junto a esta línea principal es obligado mencionar sus relevantes aportaciones sobre el nacionalismo español y el devenir de España a lo largo del siglo, su propuesta de un concepto sociológico de generación, sus análisis sobre sociología y literatura o el temprano análisis del cine que publicó en 1929, bajo el título *Indagación del cinema*. Y, como motor de fondo, siempre encontramos en sus muchas páginas escritas y publicadas una honda preocupación por la libertad.

Por todo ello, no podemos más que agradecer ese infrecuente y magnífico esfuerzo de comprensión y de compromiso con el presente que suponen tanto el conjunto de su obra como su vida. Gracias, pues, Ayala.